

¡Esta es mi zanja!... ¡Dios mío!

TESTIMONIO PARA LA HISTORIA

**Julián «El Estudiante»
relata la intervención de
Carrillo en las «checas»
de Madrid y en
Paracuellos del Jarama**

No hace aún muchos días circuló una carta abierta a Santiago Carrillo firmada por «El Estudiante», en la cual, con ciertos visos de verosimilitud, se vertían una serie de acusaciones contra el hoy Secretario General del PC. Como quiera que el firmante del escrito muy bien pudiera tener un nombre y unos apellidos completos, los reporteros de EL ALCAZAR se pusieron de inmediato a realizar las oportunas averiguaciones. En efecto, existía un nombre, un testigo. En este reportaje, Julián «El Estudiante», narra los detalles de unos acontecimientos en los cuales Santiago Carrillo tuvo, de manera directísima, una participación destacada. «El muchacho de los recados» de las «checas» de Madrid, acompañó al dirigente comunista a alguna de sus «actividades». Este es su relato.



**«Delante de nosotros
mataron
a un jesuita»**

A aquella mañana —cuenta Julián a EL ALCAZAR— entraron en el colegio cierta cantidad de milicianos y milicianas quienes, delante de nosotros, mataron a un jesuita que nos daba clase de química en aquel momento. Mi abuelo me sacó del internado y quiso que viviera con ellos en Cuatro Caminos, en la calle de Jaén. Pero la guerra había sido declarada y todo estaba en ruinas. Los adoquines de la calle Bravo Murillo estaban levantados sirviendo de parapetos para que los frentes no entraran. Por las noches no había luz, y yo escuchaba el tiroteo mientras me dirigía al metro de Alvarado, donde dormí varios años. Mi familia no podía proporcionarme alimentación porque escaseaba. Me enteré, por mis amigos, que también dormían en el Metro, que en la «checa» del Marqués de Cubas daban carne de búfalo. Me presenté allí y le dije al miliciano que estaba en la puerta que tenía hambre. Recuerdo que aquel miliciano me pareció demasiado joven. Vestía con un mono azul y un gorro con orla; tenía puesto un correaje con una bayoneta, llevaba un muestquetón.

Me preguntó si pertenecía a los «pioneros». «Yo no sé que es eso —le respondí—.» «Pasa dentro, pionero», me dijo. Al rato, trajeron un plato de aluminio con carne de búfalo y un chusco de pan. No dejé ni las migajas. El miliciano de la puerta me prometió que si iba todos los días me darían de comer. Yo, con catorce años, pero bien desarrollado, empecé a acompañarles a donde me llevaban. Vi cómo saqueaban las casas, cómo sacaban las remesas de, según ellos, «los martirizados».

**Carrillo: «¡córtale
el dedo, leche!»**

Uno de los días, en la «checa» de la calle Marqués de Cubas, en la tercera habitación del pasillo de la derecha, recuerdo cómo los milicianos le pegaban a un señor que estaba atado a una silla de madera con brazos. No sabía quién era ni porqué le daban guantazos en la cara hasta partirle el labio... Después de aquello, al amanecer, creo que fue el 24 de agosto, me montaron en un «forito», ocho cilindros, muy viejo, y fuimos a la carretera de Fuencarral. Al rato, llegó un coche alargado de donde se bajaron cuatro milicianos, y el quinto, el jefe de las «checas», que yo aún no conocía entonces. Vestía un tabardo marrón y unas botas. No tendría más de 23 ó 24 años. Era Santiago Carrillo. Aparearon a tres señores y una señora, les hicieron andar sobre la cuneta unos doce metros, y sin que yo me lo esperara, sacaron las metralletas y los mataron a los cuatro. Carrillo, que había dado la orden de ejecución, saltó a la cuneta y me dijo: «Pionero», «estudiante», ven acá. «Sabes quién es éste? —señalando a uno de los ejecutados que estaba tendido en el suelo en un charco de sangre—. «Este es el Duque de Veragua, el fascista número uno de España», añadió Carrillo mientras sacaba una pistola de debajo del tabardo (que recuerdo perfectamente, del nueve largo), y disparó tres tiros sobre el cráneo del Duque, que ya estaba bien muerto. Hecho esto, Carrillo vio en la mano del cadáver una sortija con brillantes que parecía de valor, y dirigiéndose al guardia de Asalto Ramiro Roig, «el Pancho», le ordenó: «¡Quítale el anillo!». El otro empezó a tirar sin conseguir que saliera. «¡Córtale el dedo, leche!» —reclamó Carrillo indignado. El guardia sacó una navaja del bolsillo y destrozó la mano hasta que consiguió sacar el anillo, y se lo dio a su jefe. Recuerdo perfectamente que Santiago Carrillo, después



**Así disparaban. Los ejecutados eran
dispuestos previamente a lo largo de las
zanjas.**



**En este sótano, Santiago Carrillo dio orden
de quemar los pechos de Sor Felisa.**

de limpiar la sangre de la sortija, con broza que tomó del suelo, se la guardó en el bolsillo y, cogiéndome por encima del hombro, me subió en el Ford. Empezamos viaje de regreso. Una vez en la «checa» de la Calle Marqués de Cubas, después de un rato, salió Carrillo y le dijo al Guardia de Asalto: «A este pionero que no le falte de nada, y me lo lleváis a Paracuellos para que ayude a lo que haya que ayudar.» Yo no sabía a qué se refería Carrillo, pero como todos los días me daban de comer, andaba con el puño en alto muy obediente.

Archivos de la Causa General

En los archivos de la Causa General, instruida por el ministerio Fiscal nada más acabar la contienda civil, consta documentalmente que, los «Duques de la Vega y Veragua —este último descendiente del descubridor de América, de edad avanzada y que ninguna actividad política había desarrollado durante su vida—, fueron detenidos, por móviles exclusivos de robo, por unas milicias socialistas dirigidas por un individuo de ese partido, llamado Zacarías Ramírez, convertido en capitán. Fueron inútiles todos los requerimientos de las representaciones diplomáticas para que el ministro de Asuntos Extranjeros, Alvarez del Vayo, garantizara la vida de los detenidos, que ningún peligro representaban para el régimen rojo. Finalmente, los dos mencionados señores fueron asesinados después de un prolongado secuestro, no sin que antes el jefe socialista obligase al Duque de Veragua a transmitirle, bajo ciertas solemnidades jurídicas, la propiedad de una finca que el Duque poseía en la provincia de Toledo.» Por aquellas fechas, Santiago Carrillo era el jefe de las «chechas» de Bellas Artes y Fomento, después sería ascendido, por méritos, a Consejero de Orden Público del Gobierno rojo, Comisario equivalente a ministro de Orden Público, antes de Gobernación y ahora del Interior.

Sobre las actividades de las «chechas», datos recogidos por la Causa General señalan que «dentro de la identidad criminal entre todas las «chechas», se destacan las del Partido Comunista por su ferocidad y ensañamiento, ya que no conformes con asesinar a sus víctimas, les hacen antes objeto de los martirios más crueles, no habiendo una sola «checa» comunista de Madrid en que estos martirios no se aplicasen con carácter casi general.»

«Por Dios, no me torturen más»

Pionero «El Estudiante», como le apodó Santiago Carrillo, sin darse realmente cuenta de dónde se estaba metiendo, continuó visitando las «chechas» donde sus nuevos amigos le daban de comer todos los días, a cambio de que fuera con ellos y levantara el puño cuando se lo mandaban.

Tres días después de que mataran al Duque de Veragua y sus acompañantes, el 29 de agosto, Carrillo y su chófer, el comunista Juan Izascu, recogieron al Estudiante de la «checa» de Marqués de Cubas y fueron a Fomento, junto a la Estación de Atocha, en un Ford matrícula M-984. «Recuerdo que era de noche —nos dice nuestro testigo— cuando llegamos. Rajamos a un sótano donde esperaban la llegada de Carrillo los chequistas Manuel Domínguez, «el Valiente» y el guardia de Asalto Juan Bartolomé. Allí estaba sentada una mujer joven, de unos treinta años o más, con la ropa a jironazos, casi desnuda, que no hacía más que llorar y suplicar que no la pegaran más. Llegó por fin al sótano Santiago Carrillo y dio al tal «el Valiente» la orden de quemarle los pechos, orden que éste cumplió utilizando un cigarro puro. La mujer suplicaba «por Dios» que el tormento cesase. Luego me dijeron que se trataba de una monja, Sor Felisa, del Convento de las Maravillas de la calle Bravo Murillo.

■ **«Carrillo, con una pistola del nueve largo, remató al duque de Veragua» «el fascista número uno de España», asesinado momentos antes.**

Aquello se me quedó muy grabado en la mente y no lo olvidaré jamás. He pasado muchas noches sin dormir recordando crímenes de estos. No sé qué pasó luego con la monja, supongo que moriría en las manos de aquellos chequistas que disfrutaban ultrajando a una religiosa.»

Fueron asesinadas

Acudiendo nuevamente a los datos obtenidos por las investigaciones de la Causa General, encontramos que «las Religiosas Adoratrices Sor Felisa González y Sor Petronila Hornedo Huidobro, que se vieron obligadas a abandonar su convento de Guadalajara y marchar disfrazadas a Madrid, a su llegada a la Estación de Atocha, el 13 de agosto de 1936, fueron detenidas en la «checa» de dicha Estación, (...) y asesinadas seguidamente, habiendo aparecido los cadáveres en un descampado de la calle Méndez Alvaro, próximo a la Estación, el día 31 de agosto.» Las fotografías de Sor Felisa, realizadas el mencionado día 31 de agosto en el Depósito Judicial, muestra varios impactos de bala en la cara y en el cráneo.

«El mismo Santiago Carrillo les empujaba hacia la fosa con el pie»

«A los quince días —sigue contándonos su historia Julián— subimos a un coche de la guardia de Asalto. Tomamos la carretera de Alcalá, Ventas, Canillejas, y de ahí salimos a una carreterita muy estrecha, muy mala, y me encontré donde ahora está Barajas. Desde allí cruzamos un camino y pasamos por un puente, el del Jarama. Llegamos a un lugar donde ví gente en corros, de lejos. Bajamos del coche y el guardia de Asalto les dijo a los de allí: «Aquí os presento al pionero, «el Estudiante» Nos manda el jefe que lo traigamos aquí, para que ayude y le déis de comer bien.» Vi unas zanjas, larguísimas, de unos 60 centímetros de anchas, que las abrían a pico y pala. No ví cadáveres. Por cierto, que me ofrecieron tabaco y se echaron a reír cuando les confesé que no fumaba. Nos pusimos a hacer zanja, y cuando pasó un buen rato trajeron la comida: Judías, garbanzos con trozos de bacalao, pimientos, etc. Recuerdo que después de comerme dos buenos platos y un chusco, me dieron un puñado de higos secos. Después de descansar y beber vino, seguimos trabajando en la zanja. Al caer la tarde nos trajeron a Madrid, y a mí me dejaron en Cibeles, desde donde marché al metro de Alvarado, para dormir como todas las noches. Al otro día, igual, cavando zanjas que no sabía para qué servían... Después de varios días, mientras trabajábamos, llegó una furgoneta llena de gente. La sacaron a gritos y los pusieron a todos delante de las zanjas. Salían sin calzado, con sangre en los pies, en la cara, apenas vestidos y sin objeto de valor alguno. Sin consideración, los mataron a todos, con metralletas y fusiles. Seguidamente los echaron a las zanjas y nos mandaron que cubriéramos con tierra los cadáveres. Debía ser la primera semana de noviembre cuando nos llegaron tres autocares con cientos de personas amontonadas. Yo no sabía calcular cuántos serían. Aquello fue horroroso. No paraban de matarlos y meterlos en las zanjas, mientras llegaban más autocares, con hombres. Todos eran fusilados y además machacados con fusiles en la cabeza. La escabechina fue tremenda. El mismo Santiago Carrillo los empujaba hasta la fosa con el pie; con algunos no podía y, los arrastraba cogiéndolos de las piernas o de las manos. Después preguntó: «¿Qué tal se porta este pionero?», refiriéndose a mí. Contestaron que trabajaba mucho. Que estaban contentos. «Bien, cuidarme al «Estudiante», dijo antes de marcharse dándome una palmada en la espalda.»

La matanza de noviembre

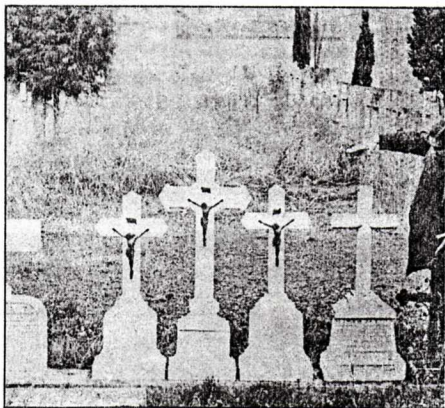
Así fue, a grandes rasgos, la matanza de Paracuellos efectuada los días 6, 7, 26 y 27 de noviembre. En esas fechas, la checa de Fomento había sido disuelta, formándose «un Consejo de Policía —según documentos oficiales—, presidido por los comunistas Santiago Carrillo y Segundo Serrano Poncela, a cuyo cargo quedó de un modo exclusivo el orden público en la capital abandonada por el gobierno rojo. El re-



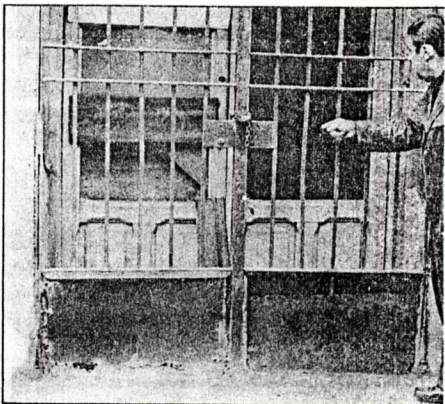
En esta postura cayó el duque de Veragua, al que Santiago Carrillo, con una pistola del nueve largo, disparó los tiros de gracia.



Sor Felisa González y sor Petronila Hornedo Huidobro, asesinadas en agosto de 1936.



Aproximadamente unos sesenta centímetros de ancho es lo que median las fosas.



Fomento: esta puerta no ha sido abierta desde hace decenas de años. Muchos de los fusilados en Paracuellos salieron por ella.